

MAY MCGOLDRICK
NIK JAMES



MÁS AILÁ
— DE LA —
ESTRELLA
DE NAVIDAD

ELKHORN, COLORADO — A CALEB MARLOWE NOVEL

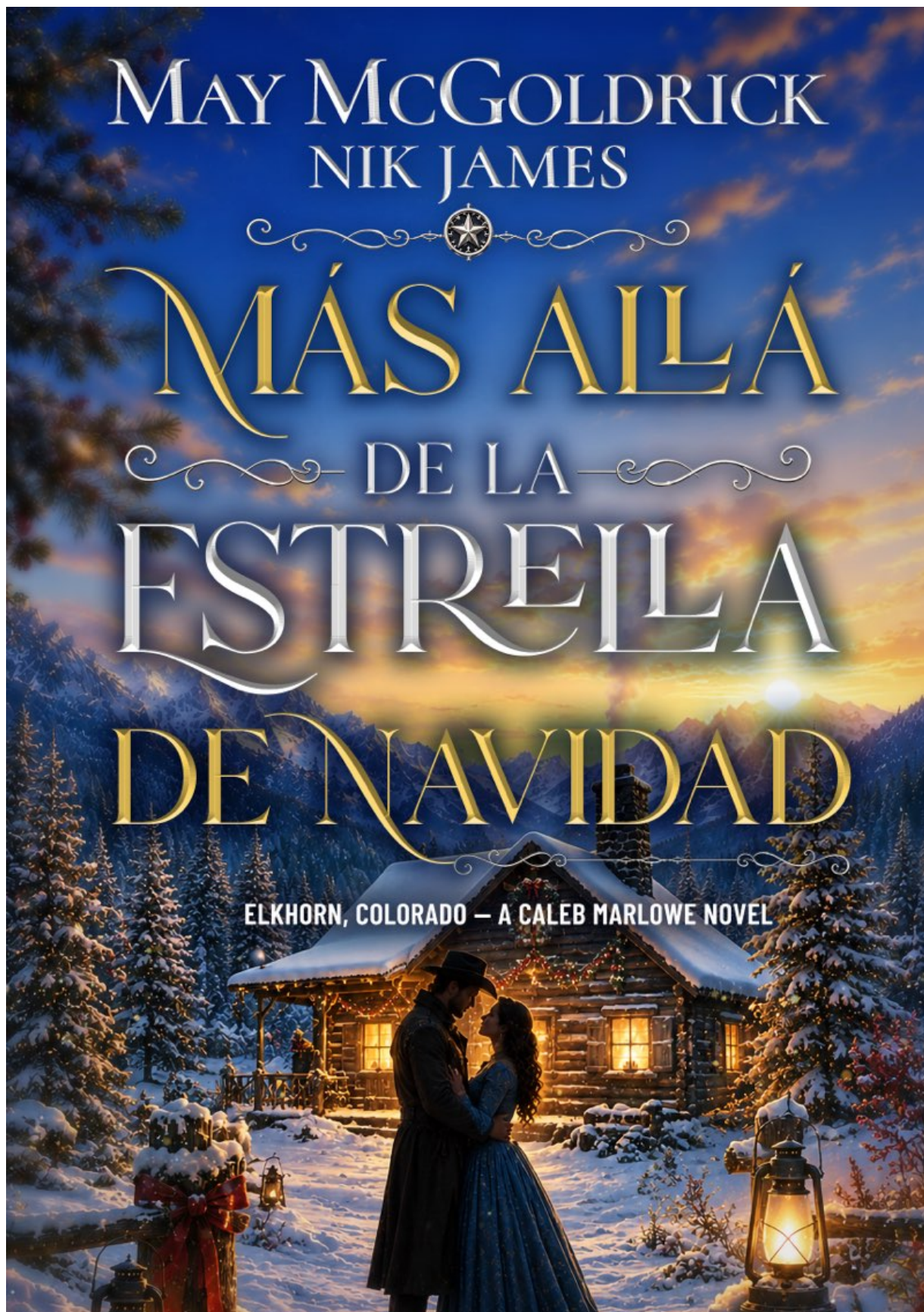


MAY MCGOLDRICK
NIK JAMES



MÁS ALLÁ
— DE LA —
ESTREILA
DE NAVIDAD

ELKHORN, COLORADO — A CALEB MARLOWE NOVEL





MÁS ALLÁ DE LA ESTRELLA DE NAVIDAD

Donde los hombres duros aprenden a amar...

ELKHORN, COLORADO – NOVELAS DE CALEB
MARLOWE
LIBRO III

MAY MCGOLDRICK

with
NIK JAMES

Book Duo Creative LLC

Derechos de autor

Gracias por elegir este libro. En caso de que le guste la novela, por favor, considere la posibilidad de compartir una buena palabra (o dos) en una reseña en línea.

MÁS ALLÁ DE LA ESTRELLA DE NAVIDAD (BEYOND THE CHRISTMAS STAR). DERECHOS DE AUTOR © 2026. NIKOO KAFI Y JAMES A. MCGOLDRICK.

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2026 POR NIKOO Y JAMES A. MCGOLDRICK

EDITOR ESPAÑOL - Isabel Torres-Carrilho

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido actualmente o inventado en el futuro, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor: Book Duo Creative LLC, c/o McGoldrick, Camino El Molino, Dana Point, CA 92624 USA

Contacto : www.MayMcGoldrick.com

SIN ENTRENAMIENTO DE IA: Sin limitar de ninguna manera los derechos exclusivos del autor [y del editor] en virtud de los derechos de autor, queda expresamente prohibido cualquier uso de esta publicación para «entrenar» tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa para generar texto. El autor se reserva todos los derechos para autorizar usos de este trabajo para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos de lenguaje de aprendizaje automático.

Enjoy!

N. Leo & Jim

May / June

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del autor](#)

[Sobre el autor](#)

[Also by May McGoldrick, Nik James, and Jan Coffey](#)

Elkhorn, Colorado
Septiembre de 1878

A CALEB MARLOWE se le erizaron los pelos de la nuca y un escalofrío le recorrió el cuero cabelludo. El martillo aguardaba en su puño, listo para hundir el clavo hasta la cabeza. Hizo girar los anchos hombros y levantó la vista del tejado del granero, al que le faltaba cosa de un día para quedar terminado.

Así era él. Caleb intuía los problemas antes de que irrumpieran por la puerta. Ese instinto lo había mantenido con vida más veces de las que podía contar.

Cerca del borde de la loma donde las construcciones del rancho iban tomando forma, Bear estaba de pie y miraba hacia el sureste. El gran perro amarillo había olido algo en la fresca brisa de media mañana.

El punto de un jinete distante apareció en la cima de una colina lejana y luego desapareció. Un instante después, volvió a asomar. Venía a todo galope.

Caleb supo al instante quién era. Habría reconocido a Henry Jordan en medio de una tormenta de polvo a una milla de distancia. Su socio había salido esa mañana a reunir dos novillos extraviados que habían vagado río abajo. Y la única vez que había visto a Henry exigirle tanto a un caballo, el tipo llevaba una partida de guerra cheyenne pisándole los talones.

Caleb miró más allá del jinete que se acercaba, pero no alcanzó a ver a nadie que lo persiguiera.

Henry era una de esas personas a las que los problemas seguían como un lobo hambriento. No tenía que salir a buscarlos. Le bastaba con darse la vuelta, y ahí estaban. Cuando eso ocurría, el temperamento feroz de Henry salía a la superficie, y su habitual buen carácter se esfumaba tan rápido como la hierba seca de la pradera en una tormenta eléctrica. Era fuerte, rápido y letal como una serpiente de cascabel una vez que se desataba. Entonces solía estallar el caos en todas sus formas.

Sorprendentemente, nadie murió en la pelea que había ganado en un salón de Denver el invierno pasado, pero el maldito asunto le había costado seis meses de cárcel. Y Caleb había tenido que negociar con el mismísimo diablo para sacarlo.

Echó un vistazo al cubo donde guardaba el cinturón con sus dos Colt Frontier. Tras dejar el martillo, Caleb se abrió paso hasta allí. Sin apartar los ojos del extremo lejano del valle —hasta donde alcanzaba la vista, al menos—, se ciñó las armas y se dirigió a la escalera.

Le había prometido a Sheila que intentaría mantenerse alejado de los problemas.

Claro que ella le había dado esa instrucción con la barbilla en alto y esos ojos azules clavados en él, como si esperara obediencia. Sin mover un músculo de la cara, él le había señalado que los problemas solían llegar sin pedir permiso. Ella le había informado de que esa era una excusa muy pobre.

Al mirar ahora a Henry, que cabalgaba como si se acabara el mundo, Caleb sospechaba que estaba a punto de decepcionarla de nuevo.

Estaba, además, el detalle de que decepcionar a Sheila Burnett se había vuelto cada vez más desagradable para Caleb. La hija del doctor había llegado al Oeste desde Nueva York con modales de ciudad, una mente aguda y una absoluta incapacidad para ocuparse solo de sus asuntos cuando alguien necesitaba ayuda. Era lo bastante testaruda como para discutir con jueces, lo bastante valiente como para plantar cara a asesinos y lo bastante compasiva como para ver lo bueno en hombres que a veces dudaban de que existiera en ellos mismos.

En algún momento del camino, se había convertido en la persona a la que Caleb más ansiaba ver cada vez que ella se dirigía a Elkhorn.

Fuera lo que fuera lo que traía a Henry de vuelta sin esos novillos, tenía la clara impresión de que el tejado iba a tener que esperar.

Caleb tomó su Winchester del '73, apoyada contra la pared del granero, y se encaminó con paso decidido hacia el corral. Cuando llegó al portón, Henry irrumpió como un jinete del Express que trae malas noticias del campo de batalla.

“Tenemos problemas, socio”, gritó sin aliento mientras frenaba en seco. Henry señaló la línea de riscos boscosos que formaban el límite oriental de su propiedad. “Allá arriba, cerca de la cascada.”

“¿Qué clase de problemas?”

“Hay unos tipos ahí arriba trabajando nuestras tierras.” Se quitó el sombrero negro de ala ancha y se pasó la mano por el largo pelo castaño que le llegaba casi hasta los hombros. “Al menos, creo que son nuestras tierras.”

“¿De este lado de la cresta?”

Henry asintió.

“Son nuestras tierras.” Caleb observó el ganado negro que pastaba junto al río, en el valle que se extendía a sus pies. “¿Crees que vienen por el rebaño?”

“Están buscando oro.”

Incluso después de meses intentando levantar un rancho en aquel valle, Caleb aún no terminaba de hacerse a la idea de que ser dueño de un pedazo de la tierra de Dios significara tener que protegerlo. Pero estaba aprendiendo. Un tiempo atrás, cuando seis cuatreros decidieron que podían llevarse su ganado sin más, él les había sugerido lo contrario. Aquel pequeño incidente no salió exactamente como esos muchachos habían calculado. Ahora residían en el Boot Hill de Elkhorn.

Y cada vez que entraba a caballo en el pueblo desde entonces, Sheila lo miraba con esa mezcla de preocupación y exasperación que, de alguna manera, lo hacía sentir peor que cualquier herida de bala.

“¿En nuestras tierras?”

“¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Marlowe?”

Mientras Caleb lo consideraba, sabía que lo último que les convenía era que unos buscadores de oro encontraran algo por allí. Cuando descubrieron oro en las tierras de Sutter, en California, el pobre desgraciado lo perdió todo. Mantener a los del 49 fuera de sus tierras fue como intentar quitarle las pulgas a un perro viejo.

“¿Cuántos son?”

“Cuatro, por lo que vi.”

“¿Reconociste a alguno?”

“No.”

“¿Hablaste con ellos?”

Henry negó con la cabeza. “Estuve pensando en echarlos de ahí. Pero luego recordé lo que me has estado diciendo sobre mantenerme lejos de los líos con la ley. Así que volví por ti.”

“Vaya, eso sí que fue considerado de tu parte, socio.” Caleb bajó la silla de montar de la cerca y la colocó sobre el lomo de Pirate. El bayo había estado observando y escuchando, y Caleb estaba seguro de que ya sabía que se ponían en marcha. “Me alegra que tuvieras presente que este rancho nos va a necesitar a los dos.”

Caleb y Henry cabalaron hacia el sur atravesando el valle cubierto de hierba durante más de una hora; luego giraron al este y se adentraron en las estribaciones boscosas. Delante de ellos, la larga y escarpada cresta se elevaba por encima de los altos pinos, formando el límite entre el

rancho y las tierras pertenecientes a Frank Stubbs, su vecino.

Más allá de la línea de la cresta, la concesión de Stubbs consistía en grandes extensiones de bosque y campo abierto, pero a su vecino solo le interesaban los valiosos minerales que se podían arrancar de la tierra. Caleb ya había tenido algunos roces con Frank Stubbs y sabía que era un cabrón duro, codicioso y miserable: un bebedor empedernido y aficionado a intimidar a la gente. El límite de la propiedad, sin embargo, estaba claro, y una buena línea de cresta hacía buenos vecinos. Más o menos.

Cuando los dos socios llegaron a un barranco que bajaba más o menos hacia el suroeste, siguieron un arroyo que serpenteaba y se precipitaba hacia las tierras bajas del valle.

El plan de Caleb era acercarse a los intrusos desde arriba.

Conocía el terreno. Llevaba cazando por allí desde que había recogido los documentos en la oficina catastral de Elkhorn allá por enero. Sabía dónde los bosquecillos de álamos y álamos temblones habían luchado por hacerse un hueco entre los pinos y otras coníferas. Conocía cada barranco, cada cauce seco y cada hondonada, cada manantial de montaña y cada arroyo. Los estanques y pequeños lagos formados por la configuración del terreno y el trabajo de los castores. Los riscos rocosos y las cornisas donde el puma y el oso encontraban refugio. Las praderas cubiertas de hierba salpicadas de flores silvestres en primavera, ahora amarillas a medida que el otoño se iba

imponiendo. Pronto, todo quedaría cubierto por las profundas nieves del largo invierno de montaña.

Y, por primera vez en su vida, Caleb se sorprendió deseando que llegara el invierno.

No era por la nieve. Ni por el frío. Ya había tenido suficiente de ambos como para tres vidas. Era todo lo demás.

La casa del rancho y el granero por fin estarían terminados. El ganado, a salvo bajo techo. Largas veladas junto al fuego. La llegada de la Navidad a Elkhorn.

Y Sheila.

La idea de ella le venía a la mente con sorprendente facilidad últimamente. Ella tenía esa manera de hacerle eso a un hombre. En un momento estaba pensando en las cercas y el ganado, y en si el tejado estaría terminado antes de las primeras nieves. Al siguiente, se preguntaba si ella saldría a montar esa tarde o qué pensaría del granero nuevo.

No se sentía del todo cómodo con la frecuencia con que ocurría.

“Nos estamos acercando”, le dijo Henry cuando frenaron a orillas del arroyo. Por allí, la corriente era ancha y poco profunda, con piedras redondas y relucientes que sobresalían de la superficie del agua ondulante. “Los vi donde el barranco se ensancha, junto al estanque, justo antes de que el agua caiga por la cascada.”

Caleb asintió. Estaba clarísimo que esos tipos andaban buscando oro. A menos de tres millas al norte de su rancho, los mineros excavaban afanosamente en busca de plata en

las colinas que rodeaban Elkhorn, pero había oído comentar que de vez en cuando también aparecía oro.

Miró hacia la cresta y luego señaló hacia abajo, al borde embarrado del arroyo. Huellas de cascos.

“Supongo que esos serán nuestros muchachos”, dijo Henry.

“Sí. Por lo que se ve, estos tipos bajaron a nuestras tierras desde la cresta.”

“Desde las tierras de Frank Stubbs.”

“Son hombres afortunados. Si Stubbs hubiera visto a estos zoquetes de su lado, ya tendría sus cadáveres clavados en la puerta de su granero.”

Henry esbozó una sonrisa. “Si es que algún día terminas ese granero, tendríamos una puerta donde clavarlos.”

Caleb le lanzó una mirada y espoleó suavemente a su bayo para que avanzara. Pero ni siquiera habían cruzado el arroyo cuando resonaron dos disparos.

De inmediato, Henry sacó el rifle de la funda y miró a su alrededor.

“Un revólver. A un cuarto de milla, por allá”, dijo Caleb.

“A lo mejor nuestros intrusos decidieron dispararse entre ellos. Eso nos ahorraría algo de trabajo.”

“Sería mucho pedir.”

Los dos hombres desmontaron al otro lado del arroyo, ataron a sus animales y se acercaron a pie.

El suelo del bosque era una alfombra de agujas de pino, y avanzaron entre los árboles en silencio. El terreno comenzó a descender, y no tardaron en llegarles voces, junto con el olor de una fogata moribunda y de café quemado.

Cuando alcanzaron una cresta en lo alto del ancho barranco, Caleb le hizo una señal a su socio. Dejaron atrás una arboleda de álamos hasta llegar a una pequeña elevación que ofrecía buena vista. Estaban a ochenta yardas del borde de un amplio estanque que se extendía más abajo. Frente a ellos, el terreno caía abruptamente. El sol aún estaba alto. Entre su punto de observación y el arroyo, la ladera cubierta de hierba estaba salpicada de rocas y matorrales.

Tumbados boca abajo, se asomaron al barranco.

Debajo de ellos, en un claro en la orilla más cercana del ancho arroyo, alguien había improvisado un campamento desordenado. Habían colgado unas cuantas lonas de cuerdas tendidas entre álamos de hojas amarillas. Debajo yacían sillas de montar y petates. El humo de una fogata a medio apagarse se cernía como una nube sobre el campamento.

Henry le dio un codazo y levantó cuatro dedos. Caleb asintió.

Tres tipos de aspecto rudo trabajaban con bateas en las aguas poco profundas. Había palas clavadas en la grava, a la orilla del estanque. El cuarto, desnudo salvo por los calzones pero con un par de revólveres Remington de seis tiros ceñidos a las caderas, estaba despiezando uno de los novillos extraviados de él y de Henry al borde del campamento. Debía de ser el novillo que había recibido los dos tiros que oyeron disparar.

“No muy de buen vecino”, dijo Caleb entre dientes.

Las alforjas y el equipo yacían amontonados junto al fuego, y Caleb distinguió un par de Winchester del '73, un

Henry Yellow Boy y una carabina Spencer de siete tiros. Otros dos pares de Remington y un par de Colt de cañón corto yacían enrollados en sus cinturones cerca de la orilla. En una amplia franja de hierba justo al sur del campamento, cuatro caballos pastaban plácidamente junto a otras tantas sillas de montar. Buenos caballos, por lo que se veía.

A Caleb le bastó un vistazo para saber que esos tipos no eran los típicos buscadores de oro. Las bateas y las palas que usaban aún estaban relucientes, sin abolladuras, nuevas. Pero esos cabezas huecas tampoco eran novatos. De hecho, a juzgar por los fierros que cargaban, habría apostado su último dólar a que eran salteadores de caminos que se mantenían ocultos con la esperanza de hacerse ricos entretanto. Su único error fue intentarlo en las tierras de él y de Henry.

Y Caleb tenía toda la intención de explicarles ese hecho educadamente.

Al fin y al cabo, Sheila no dejaba de recordarle que no todos los desacuerdos tenían por qué acabar a tiros.

Él había prometido esforzarse.

En ese momento, se estaba proponiendo con todas sus fuerzas ser razonable con esos zoquetes.

Uno de ellos, grande, fornido y sucio como un cerdo, se levantó, estiró la espalda y arrojó la batea a la orilla con asco, maldiciendo y mirando a sus compinches con desdén.

“Que me cuelguen si ese no es pura calamidad”, susurró Henry.

“Todos lo son.”

“A ver si podemos arreglar esto sin que nadie acabe enterrado”, murmuró Caleb.

“¿Esa es una filosofía nueva?”, preguntó Henry.

“Puede ser.”

Henry resopló. “¿Ya le pusiste nombre?”

Caleb lo ignoró. Con eso bastaba como respuesta.

El sombrero de ala ancha del hombre corpulento estaba maltrecho y tenía una banda adornada con abalorios en la base de la copa. Se lo quitó y entrecerró los ojos mirando al sol. A pesar del aire fresco y cortante, el sudor le brillaba en el cráneo, afeitado no hacía mucho. Salió chapoteando con paso furioso de las aguas bajas y se dejó caer sobre la grava junto a las Colt, apoyado en un codo.

Los otros dos que estaban en el agua se fijaron en él y se enderezaron.

“Eres un vago de mierda, Dog”, se burló uno de ellos. Era el más bajo del grupo, fornido y de aspecto curtido, con un mechón ralo de barba. “Ni un día entero llevamos con esto y ya te estás rindiendo.”

“¿No fue idea *tuya*?”, resopló el otro. Era alto y desgarrado, y el bigote le caía sobre la boca, volviendo sus labios prácticamente invisibles.

“Así es”, refunfuñó Barba de Rata. “Si no te hubieras cargado a ese alguacil allá en el norte, ni siquiera estaríamos aquí en Colorado.”

Henry y Caleb intercambiaron una mirada.

Dog sacó una de las Colt de cañón corto de su funda y se incorporó, amartillándola y apuntando primero a uno de sus compinches y luego al otro. Los dos hombres se pusieron rígidos, retrocediendo hacia aguas más profundas,

y Caleb vio que el tipo que despiezaba el novillo había llevado con cautela una mano a la empuñadura de su revólver Remington.

La Colt de Dog ladró dos veces, y el agua saltó entre los hombres, que se lanzaron a un costado, lejos de la línea de fuego. El pistolero soltó una carcajada y volvió a enfundar la Colt.

Los hombres se pusieron en pie, empapados hasta los huesos, maldiciendo entre dientes y lanzando miradas asesinas al tirador.

“¿Y pa’ qué hiciste eso?”, gritó Bigotes, furioso, secándose el agua de la cara larga y flaca.

“Se me ocurrió que les hacía falta un baño”, se burló Dog.

“No tenías motivo pa’ desenfundar contra nosotros.”

Dog se puso de pie y se ciñó el cinturón de las armas, lo que acalló a los hombres. “¿Quién manda en este equipo, Humboldt?”

El hombre de rostro demacrado lo miró fijamente un momento y luego apartó la vista. “Tú, Mad Dog.”

“Así es.” Dog dirigió la mirada hacia el hombrecillo fornido. “A menos que creas que el jefe eres tú, Rivers.”

Henry se había desplazado un poco hacia su derecha, donde un matojo de hierba servía de buen apoyo para el cañón de su rifle. Sabía cómo situarse para un tiroteo. Los álamos, los pinos y una pila desordenada de rocas a sus espaldas ofrecían protección adicional.

Rivers negó con la cabeza.

“Exacto”, se regodeó Dog. “Entonces, par de inútiles con mierda por cerebro, ¿tienen algo más que decir?”

Los hombres permanecían inmóviles como rocas, y Caleb casi podía ver su rabia contenida —y su miedo— extendiéndose por la superficie del agua.

Al cabo de un momento, el que se llamaba Rivers recuperó la voz y refunfuñó: “Solo digo que esto va a ser más fácil cuando armemos un long-tom, pa’ poder cribar esta grava”.

“Si tanto sabes de buscar oro, mierdita, ¿cómo es que todavía no eres rico?”

“Saber cómo se hace no es lo mismo que tener suerte.”

“Pues más te vale que tu suerte en general no se esté acabando.”

Rivers frunció el ceño, pero no dijo nada. Mientras recuperaba su batea de las aguas bajas, Caleb lo vio echar un vistazo a su cinturón de armas, a unos pocos pies de distancia.

Si ese tipo es tan tonto como para ir por su pistola, pensó Caleb, es hombre muerto.

Mad Dog también captó esa mirada. “Dos cosas, John Rivers. Una: cuando se te ocurra que puedes conmigo, más te vale recordar que desenfundo más rápido que tú cualquier día de la semana. Y dos: tengo ojos en la nuca, así que, si crees que puedes meterme un tiro por la espalda, piénsalo de nuevo.”

De pronto, los nombres le sonaron. Caleb los conocía. John Rivers. Gustav Humboldt. Y Mad Dog McCord. Eso significaba que el tipo que estaba despiezando su novillo era Lenny Smith o Slim Basher.

Había oído hablar de ellos cuando llevaba una estrella de hojalata en el norte. De eso hacía más de dos años.

Había acabado enredado en el cargo de agente de la ley en Greeley después de hacerse un nombre explorando y cazando junto al Viejo Jake Bell y guiando gente a través de la frontera del Oeste, desde las montañas Bighorn hasta las Calabasas. Aquella banda, sin embargo, nunca se aventuró a entrar en su pueblo. Y después de que el ejército lo reclutara para trabajar como explorador durante un año, no imaginó que alguna vez cruzaría plomo con tipos como Mad Dog y Rivers.

Eran hombres duros. Se habían hecho un nombre asaltando estaciones de ferrocarril, diligencias de la Wells Fargo y, de vez en cuando, alguna carreta solitaria de colonos que atravesaba las Black Hills de Wyoming. Asesinos a sangre fría, todos y cada uno de ellos.

Caleb le dio un codazo a su socio y susurró: “Quédate aquí. Vigila al carnicero, sobre todo”.

“Y veamos si podemos salir de esta sin llenar Boot Hill”, añadió Caleb.

Henry le dedicó una sonrisa torcida. “Has estado pasando demasiado tiempo con la señorita Burnett, socio.”

“Tú vigila al carnicero.”

Henry asintió, echó atrás con suavidad el percutor de su Winchester y giró el cañón del rifle en esa dirección. Caleb vio que tendría un tiro limpio.

Debajo de ellos, más cerca del arroyo, un par de álamos proyectaban su sombra sobre el tronco de un árbol caído. Caleb decidió que aquel era un lugar tan bueno como cualquier otro para darles el alto a esos canallas. Podría usar el tronco caído como parapeto si le hacía falta.

Llegar hasta allí sin ser visto, eso sí, iba a costar lo suyo. La empinada ladera cubierta de hierba estaba casi toda despejada, aunque salpicada de rocas y matas de pino achaparrado. Además de los álamos, varios bosquecillos de álamos temblones se habían asentado en la ladera, aunque quedaban más lejos del arroyo.

Dejando a Henry, Caleb retrocedió por la cresta. Cuando llegó a uno de los bosquecillos de álamos temblones, descendió sigilosamente por la ladera hasta los álamos.

Cuando arrojó aquella placa de hojalata sobre la mesa en Greeley, Caleb se había prometido a sí mismo que había terminado de perseguir forajidos. Quería tierra bajo las botas, ganado en sus pastos y un futuro que no empezara ni terminara con el desenfundar de un arma.

Últimamente, había empezado a imaginar otras cosas también. Una casa caldeada durante todo el invierno. Risas alrededor de la mesa a la hora de la cena. Sheila sentada frente a él, discutiendo sobre algo en lo que ella había decidido que él estaba equivocado.

Imaginar un futuro era un hábito peligroso.

Un hombre podía perderlo en un abrir y cerrar de ojos.

En ese momento, Caleb no buscaba derramar sangre. Solo quería a esos villanos fuera de sus tierras.

Al llegar al álamo caído, recorrió con la mirada la escena que se extendía a sus pies. El carnicero había vuelto a su tarea, y los dos que trabajaban en las aguas bajas se habían acercado a la orilla para echar más grava en sus bateas.

El sol quedaba ligeramente a espaldas de Caleb, y ocupó su posición a la sombra, bajo las ramas extendidas de los álamos. Los forajidos estaban a pleno sol, a unas buenas

cuarenta yardas de él. Solo el carnicero tenía alguna posibilidad de alcanzar el refugio de los árboles, pero Henry se encargaría de él. Teniendo en cuenta que solo contarían con sus pistolas, esos muchachos necesitarían un disparo muy afortunado siquiera para rozarlo. No lo conseguirían ni de lejos. No con él y Henry haciendo llover plomo desde la colina.

Caleb soltó las correas que sujetaban los percutores de sus Colt. Amartilló la Winchester y se llevó el rifle casi hasta el hombro.

“Escuchen bien, amigos”, gritó con voz cortante. “Y mantengan las zarpas lejos de esos fierros.”

Cuatro pares de ojos sorprendidos se volvieron hacia él.

“No hay por qué alterarse. Pero van a empacar sus cosas y a largarse de aquí. ¿Entendido?”

La mano de Mad Dog se deslizó hacia una Colt de cañón corto, y el movimiento no le pasó desapercibido a Caleb. Su Winchester ladró, y la bala se hundió en la grava a dos pies de McCord, salpicando de piedras y arena al grandulón, que se encogió y levantó las manos. El estampido resonó en el bosque y a lo largo del valle, más fuerte y con más autoridad que los tiros de pistola que habían alertado antes a Caleb y a Henry.

Caleb giró el rifle hacia el carnicero, que permanecía de pie con las manos en alto, un cuchillo ensangrentado en una de ellas. Por ese lado no parecía haber ningún interés en buscar pelea. Volvió el cañón hacia los demás.

“¿Qué es lo que quiere?”, gruñó Mad Dog.

“Una tarde tranquila”, dijo Caleb con sequedad. “Pero parece que a todos nos espera una decepción.”

“Nosotros no andamos causando ningún problema aquí.”

“Eso depende de lo que llames problema. Están buscando oro en mis tierras y se disponen a comerse uno de mis novillos. A mí eso me suena a problema.”

“¿Eso es todo?” El forajido se relajó visiblemente, bajando un poco las manos. “Bueno, demonios, lo sentimos muchísimo. ¿Verdad, muchachos?”

“Claro que sí, señor”, convino John Rivers, señalando con la barbilla barbuda hacia el carnicero, que asentía con vehemencia. “Encontramos a ese novillo vagando por ahí. Fue un error de buena fe, amigo.”

Un error. Caleb los miró con frialdad. Sabía que esos cuatro le meterían encantados una o dos balas, con error o sin él.

“Bueno, entonces pueden dejar a ese animal donde está, cargar sus cosas en los caballos y ponerse en marcha. Ahora.”

“Eso no es muy cristiano, amigo”, dijo Mad Dog, bajando las manos un poco más. “Nosotros solo pensamos que...”

“No me pongas a prueba, peregrino”, respondió Caleb. “O tendrás que explicarle a tu Creador lo cristiano que has sido *tú*. Ahora, en marcha.”

Los dos forajidos que quedaban detrás se iban acercando poco a poco a sus cinturones de armas. Caleb sintió que se le erizaba el vello otra vez. Había muchachos que sencillamente no sabían cuándo retirar sus cartas y marcharse.

“¿Y si le pagamos por esa carne?”, sugirió Mad Dog con todo el encanto de un gusano gordo y harinoso. “¿Y por el

SOBRE EL AUTOR

Nikoo Kafi y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio

Daphne Du Maurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.

ALSO BY MAY MCGOLDRICK, NIK JAMES, AND JAN COFFEY

NOVELS BY MAY MCGOLDRICK

16TH CENTURY HIGHLANDER NOVELS

A Midsummer Wedding (*novella*)

The Thistle and the Rose

Macpherson Brothers Trilogy

Angel of Skye (Book 1)

Heart of Gold (Book 2)

Beauty of the Mist (Book 3)

Macpherson Trilogy (Box Set)

The Intended

Flame

Tess and the Highlander

Highland Treasure Trilogy

The Dreamer (Book 1)

The Enchantress (Book 2)

The Firebrand (Book 3)

Highland Treasure Trilogy Box Set

Scottish Relic Trilogy

Much Ado About Highlanders (Book 1)

Taming the Highlander (Book 2)

Tempest in the Highlands (Book 3)

Scottish Relic Trilogy Box Set

Love and Mayhem

18TH CENTURY NOVELS

Secret Vows

The Promise (Pennington Family)

The Rebel

Secret Vows Box Set

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

Borrowed Dreams (Book 1)

Captured Dreams (Book 2)

Dreams of Destiny (Book 3)

Scottish Dream Trilogy Box Set

REGENCY AND 19TH CENTURY NOVELS

Pennington Regency-Era Series

Romancing the Scot

It Happened in the Highlands

Sweet Home Highland Christmas (*novella*)

Sleepless in Scotland

Dearest Millie (*novella*)

How to Ditch a Duke (*novella*)

A Prince in the Pantry (*novella*)

Regency Novella Collection

Royal Highlander Series

Highland Crown

Highland Jewel

Highland Sword

Ghost of the Thames

CONTEMPORARY ROMANCE, FANTASY & COZY FANTASY

First Street: Harbor View Cozy Fantasy, Book 1

Second Street: Harbor View Cozy Fantasy, Book 2

Jane Austen CANNOT Marry

Erase Me

Tropical Kiss

Aquarian

Thanksgiving in Connecticut

Made in Heaven

AMERICAN WESTERN ROMANCE

[Beyond the Silver Moon](#)

[Beyond the Eclipse](#)

[Beyond the Christmas Star](#)

NONFICTION

Marriage of Minds: Collaborative Writing

Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century

NOVELS BY JAN COFFEY

ROMANTIC SUSPENSE & MYSTERY

Trust Me Once